

nazando con dar á la Santa Hermandad aviso de la muerte que se había hecho en la venta. Llegóse al vencido, y tomándole un brazo, lo dejó caer, no sin que el difunto le hiciese del ojo. Siguió clamoreando la ventera y dijo al vencedor que se retrajese al vuelo en alguna montaña, si no quería ser aprehendido por los oficiales de la justicia. «Le he muerto en buena guerra,» respondió D. Quijote, y salió al patio, lleno de majestad y poderío. Alzóse el bachiller con mucha flema, diciendo: «Ahora puede el diablo cargar con este loco una y mil veces, que ya lo he sido yo demasiado en andarme tras él, por darle el juicio que á mí mismo me falta. Mal hayan el cura y el barbero que en semejante obra me han puesto, aprobando mi necedad é impulsándome por esta vía.» Luego se retrajo en el cuarto de la ventera, hasta cuando le fuese dable tomar su caballo y largarse á su casa, de donde era su ánimo no volver á salir un punto, aunque le comiesen los perros á D. Quijote. Sancho Panza, que todo lo había estado viendo, tenía el alma parada. Salió en busca de su amo; pero se guardó muy bien de poner en su conocimiento lo que acababa de ver, porque D. Quijote no volviese á las andadas. El juez de la batalla declaró buena la victoria, y dijo que la muerte había sido según todas las reglas andantescas. Mas cayendo sin advertirlo en su papel de ventero, pidió que á la cantidad justa se le añadiesen algunos cuartos para los alfileres de su mujer. Pagó D. Quijote como rey, y seguido de su criado, salió de la venta, sin detenerse á averiguar con el ventero cómo éste había perdido de la noche á la mañana su condición de alcaide del castillo.



CAPITULO LVII

DE LAS RAZONES QUE MEDIARON ENTRE D. QUIJOTE Y SU CRIADO, HASTA CUANDO AL PRIMERO SE LE OFRECIÓ HACER UNA AVENTURA MUY RIDÍCULA DE DOS NOTABLES SUCESOS ANTIGUOS.

La historia presenta aquí una laguna, pues no dice por dónde anduvieron ni lo que hicieron los dos héroes durante los quince días transcurridos desde su salida de la venta del Moro hasta cuando una tarde se asomaban por las goteras de una ciudad insigne del Guadalquivir. «¿Vuesa merced cree en conciencia, decía Sancho como venían asomándose por una ondulación del camino, que el caballero á quien mató en el castillo del señor de Montugtusa no resucitará jamás? — El día del juicio, respondió D. Quijote. El que se muere, se muere del todo y muy de veras: es lo único en que los hombres usan de buena fe. ¿Qué es lo que te mueve á hacerme esa pregunta? — Muéveme, señor, el haber visto yo con estos ojos, que se han de volver tierra, levantarse el bachiller bonitamente, sacudirse el polvo y desaparecer, cuando vuesa merced hubo salido al patio. — Mejor te ayude Dios, amigo Sancho Panza, dijo D. Quijote. — Se levantó, señor, y se fué, diciendo que si al loco de vuesa merced le cargaba el diablo mil veces, á él nada se le daría. — ¿Qué hay de reparable, replicó D. Quijote, en que ese caballero hubiese desaparecido? ¿No le viste que le protegía la sabia Linigobria, hija del soldán del Cairo, la cual habrá cargado con él por un medio maravilloso,

á ver si le era posible volverle á la vida? Á ser tú para juzgar de estas cosas, lo que remueve tu socarronería te diera asunto á la admiración, y no anduvieras poniéndome dudas acerca de un hecho pasado en autoridad de cosa juzgada, no apelada y consentida, nada más que por no perder la oportunidad de mostrarte irrespetuoso y bellaco.» Sancho Panza se medio resintió al ver que con tanta dureza se le trataba por uno que no era caso de inquisición, y como intentando hacer pucheritos, respondió en voz un tanto sobreaguada: «Yo digo lo que veo, Sr. D. Quijote, sin ánimo de pedir albricias ni hallazgo. Mas el perro flaco todo es pulgas: si digo algo, miento; si no digo nada, soy un asno: como, tragamallas; bebo, borracho. Y tírese por estos derrumbaderos, y rompa estas marañas, y cierre con esos gigantes, y mate esos leones, y pele esos yangüeses. Dormirá vuesa merced, Sr. Panza, comerá, beberá, cuando el obispo sea chantre. Pues ni de la flor de marzo, ni de la mujer sin empacho, señor, ni del amo sin conciencia. — ¿Despeñarte llamas, replicó D. Quijote, el ir por estos floridos campos?, ¿romper marañas el deslizarte por esta blanda superficie? Sábeta que nos hallamos en la Bética, donde los antiguos pusieron los Campos Elíseos, y que los que te parecen derrumbaderos son verdes campiñas, y los que juzgas matorrales salvajes son grupos de flores y plantas civilizadas y cultas. Ahora vas á ver si tomo por una áspera sierra, donde no comamos sino tueras, cúrcuma, nebrina y otras cosas amargas, para que pagues el vicio de quejarte. Sancho hizo cuanto pudo por desembravecer á su amo, pues de su cólera sacaba menos que de sus promesas. «Tome vuesa merced mi palabra, dijo, de ser el más callado y agradecido de cuanto Sancho Panza hay en el mundo, y disponga de mí y de mi rucio como de cosa propia.»

En tanto que D. Quijote iba dando esta fraterna á su escudero, se le desencapotaban los ojos, y concluyó por obligarle en términos del todo bondadosos á pedirle merced. «Por ahora, respondió Sancho, me contentaría con unos doscientos reales de contado, dejando el reino para después. — ¿De dónde diablos quieres que te los dé?, replicó D. Quijote: álzate con lo que tie-

nes en tu poder, y si llegan á cincuenta, buena pro te hagan. — Mi padre es Dios, dijo Sancho: si llegan á quince, diga vuesa merced que no le pedimos favor al rey. ¿Cómo han de ser cincuenta, desdichado de mí, cuando el zanguango del ventero nos extorsionó más de veinte? — Un tantico de paciencia, hermano Sancho Panza, respondió D. Quijote, y habrá para hacer muchos ingratos. Esto es en tanto grado verdad, que ahora mismo van á ser coronados tus deseos con la hazaña que toda entera dedico á tu engrandecimiento.» Sin más preámbulos ni disposiciones bélicas, se disparó por una costanilla, diciendo: «*¡Dominus cum fortibus!*» y embistió con un redil de ovejas, que él tuvo por plaza fuerte, y aun vió los guerreros que sobre las murallas le estaban desafiando y tirando sobre él con sacres y falconetes. Sin rendir el ánimo á las amenazas de tan fieros enemigos, y esforzándose por hacer caracolear á su caballo al pie de las murallas, empezó á decir en alta voz: «*E por ende riéptolos á todos, tan bien al grande como al chico, e al muerto como al vivo, e ansí al nacido como al que es por nascer. E riépto las aguas que bebieren, que corrieren por los ríos; e riéptoles el pan, e riéptoles el vino.*» Echó luego pie á tierra, y con el ronzal de su caballo le ató á la cola un borreguito muerto que á dicha estaba fuera del aprisco; montó de nuevo y se puso á dar vueltas alrededor del corralejo, hasta cuando la mala voluntad de Rocinante y las voces de Sancho le detuvieron en actitud de héroe victorioso. Del reto de D. Diego Ordóñez de Lara á los habitantes de Zamora, y la acción de Aquiles, á quien vemos arrastrar el cadáver de Héctor alrededor de Troya, formó D. Quijote una de las aventuras que más satisfecho le dejaron y más le acreditaron de loco para con su escudero Sancho Panza.

Sin más averiguación siguió adelante D. Quijote, y Sancho, andando tras él, dijo: «Recapacite vuesa merced antes de acometer empresas, Sr. D. Quijote: los que le ven hacer estas locuras pueden creer que no está en sus cinco sentidos, y vuesa merced ha oído el piorverbio que dice: Vivir, obrar bien, que Dios es Dios. — Miedo á payo que reza, contestó D. Quijote: ¿qué harías

si te vieses en el asalto de Lubania! Si tanto sabes de refranes como de piorverbios, habrás oído á tu vez el que dice: Al que de miedo se muere, de cagajones le hacen la sepultura. Piorverbio dijiste: ¡ah, bendito!, ¿cuándo será que yo te eche el bautismo de la lengua castellana? En orden al punto principal, no andes siempre tan sobre aviso, que venga tu prudencia á parecer temor. Prometo á ley de caballero poner fin á nuestras aventuras con dos ó tres que serán de las más famosas. Habilitado así, me presentaré á la sin par Dulcinea en demanda del premio de mis hazañas. Cuida, Sancho, de no interrumpir la primera entrevista que yo tenga con esa señora. Te hago esta advertencia, porque tú sueles ser muy indiscreto. — Vuesa merced me dispense, respondió Sancho; no pienso renunciar mi parte de esa entrevista. — Eso será tan á solas, replicó D. Quijote, tan de mí á ella, que hisopearé su camarín, no esté allí algún espíritu entrometido y envidioso. — Vuesa merced hisopeará cuanto quiera, volvió Sancho á decir; yo he de entrar. — Pasaré por el sentimiento de darte con las puertas en la cara. — Me bastará una rendija para seguir adelante, dijo el escudero. — ¡Pues te pondré taragallo, y veremos cómo entras!, respondió D. Quijote con naciente cólera. — Pero no será por incomodar á vuesa merced, tornó Sancho á decir, sino por hacerle una consulta respecto del asunto que me han reducido á la memoria las ovejas que acaba de vencer vuesa merced. Hace dos años tengo un rebañito, y lléveme Judas si pasan de nueve cabezas. — Eso debe de provenir, respondió don Quijote, de que la oveja es unípara; y no dando sino una cría en cada parto, su multiplicación va muy á pausas. No sucede lo propio con los animales que producen lechigadas de cinco, siete y hasta nueve cachorros, cual sucede con la marrana. Si mal no me acuerdo, la de la Eneida tiene quince. — ¿Qué es unípara, señor?, preguntó Sancho. — Unípara, buen Sancho, es la que no da sino una cría, la cual, en ciertas especies, te lo digo de paso, suele admitir un nombre diminutivo fuera de las reglas comunes. La del gamo, verbigracia, se llama gamezno; la del lobo, lobezno; la del pavo, pavezno, y hasta la del perro se puede llamar pe-

rrezno. — ¿A esta cuenta, replicó Sancho, la del burro será burrezno, la del puerco, puerquezno, y la de la yegua, yegüezno? — Bien puede ser, dijo D. Quijote; así como la del Sancho será sanchezno, y la del Panza, pancezno. Achispado es vuesa merced, señor escudero. ¿No insinué, truhán, que eso no sucedía sino con algunas especies? ¿Pues cómo vienes á generalizar el principio y sentarlo por regla sin excepción? La cría de la yegua no puede ser yegüezno en ningún caso, ni la de la vaca vaquezno, ó me desquicias y revuelves todo el sistema gramatical, nada más que por ejercitar la tontería y poner en juego la malicia. Para que quedes del todo instruído, has de saber que la que pare dos se llama bípara, lo que sucede más con la mujer que con los cuadrúpedos, entre los cuales no suele haber sino uníparas ó múltiparas. — ¿Y la que pare tres?, preguntó Sancho. — Esa será trípara, respondió D. Quijote. — ¿Y las que paren cuatro, cinco, siete, señor? — Llevas las cosas tan por los extremos, que das en la necedad ó en la bellaquería. Pues sabe de una vez que la que pare ciento será centípara, y la que pare mil, millípara; así como el que lleva doce palos de un rato á otro será docípalos, según lo puedes ver por tus ojos y sentir por tus costillas. — No es eso, Sr. D. Quijote, volvió Sancho á decir, sino que mi rebaño no tiene morrueco. A veces me inclino á pensar que mis ovejas no son bíparas ni tríparas á esa causa. — Bellaco eres como sandio, respondió D. Quijote; si no tenías morrueco, bien sabías por qué no multiplicaban tus ovejas.»

No habían andado media hora cuando á la entrada de una aldehuela se detuvieron ante un grupo de gente que entre curiosa y aterrada parecía estar contemplando un espectáculo extraordinario. Eran dos cuerpos humanos colgados en sendas horcas, vestidos hasta la cintura y de allí para arriba desnudos. El uno de esos miserables ha recibido algunos golpes en la cabeza antes que le ahorcasen: de las narices á la boca, enredados en los bigotes, le sirven de ornamento dos cuajarones de sangraza podrida; cárdenos los labios, están prevaleciendo por una hinchazón monstruosa: la lengua ancha, ennegrecida, sale y se

cuelga sobre la quijada, mientras los ojos, en ademán de saltar, semejando papas tiernas en su amortiguada amarillez. El ejecutor *le esquiló laidamente* á este reo: aquí y allí tijeretazos que dejan ver el blanco de la testa; acá y allá mechones de pelo sucio. D. Quijote estuvo mirando una buena pieza los dos cuerpos, y dijo: «¿Qué delitos los han traído á estos desdichados al caso en que los vemos? — Libelo y difamación, respondió uno de los circunstantes. Dos veces condenados, dos veces perdonados por su majestad, volvieron á las andadas con más fuerza, y el rey mandó acomodarles con los ciento de costumbre y ahorcarlos en seguida. — Este, señor, dijo otro de los mirones, fué un poetaastro para quien no había cosa respetable ni en el santasantórum. Hombres, mujeres, niños, oculto en sus letrinas, á todos les echa sus rociadas de lo que no se puede nombrar. Cofrade de Monipodio, son de su competencia los *untos de miera en la casa y la clavazón de sambenitos*. Una vez descubierto, niega su crimen; aún no bien le perdonan, vuelve al libelo. Con esto de particular, que no hay hombre inicuo ó infame que no merezca sus laudatorias. Virtudes, él no sufre: pundonor en el varón, recato en la mujer, desvalimiento en el niño, campo son de sus proezas. Fin merecido el del perverso; nadie le llora.»

El otro cadáver manifiesta una flacura lamentable: las costillas, sobresalientes, por poco no resuenan como las de un esqueleto; la cabeza, calva; las orejas, largas, secas, transparentes; la barba, dura, erizada; los ojos, chiquitos; el cuello, todo cuerdas. Uno y otro de estos malhechores han recibido algunas docenas de azotes primero que se les suspendiese en la picota, según las huellas moradas, casi negras, que se cruzan á lo ancho de sus espaldas. «Este, señor, volvió á decir el mismo que ya había dado señas del otro malhechor, fué un viejo devoto lleno de hipocresía y perversidad. Metido en la iglesia de día y de noche, confiesa y comulga, y piensa que con esto descuenta infamias y picardías. Su oficio fué ganar la vida con la difamación pagada. Por algún dinero, poco dinero, dinerillo, él se encarga de publicar toda clase de mentiras, injurias y calumnias; y piensa que

con oír misa y ayunar no deja de ser buen cristiano. Y no se contenta con su oficio, su trabajo personal, sino que ha fundado una comunidad ó cofradía que él dirige ó gobierna, sirviendo de centro al mundo de maldades é infamias que son el comercio de su establecimiento.

— Ellos lo han querido, repuso D. Quijote, el rey lo ha dispuesto, Dios les haya perdonado. A Él quedad, honrada gente, y válgaos el ejemplar.» Con estas palabras se alejó el andante, seguido de su buen escudero Sancho Panza, á quien la sorpresa ó la falta de coyuntura hizo guardar silencio, para gran maravilla de su historiador ó coronista.



CAPITULO LVIII

CAPÍTULO DE LOS MENOS PARECIDOS Á LOS DE CIDE HAMETE BENENGELI

No á mucho andar llegaron á unos escombros donde el musgo, cabellera de las ruinas, está sobresaliendo entre hierbas silvestres y plantas espinosas. D. Quijote de la Mancha y su escudero, atadas á un árbol sus caballerías, se habían metido entre esas difuntas piedras, hasta que dieron con una elipse anchurosa, que manifestaba haber sido teatro de gladiadores ahora ha dos mil años. Apoyado en su lanza D. Quijote, dejó venir á la memoria los sucesos de las edades pasadas, y dijo á su escudero: «Estas, sin duda, son las ruinas de Itálica. Aquí, en este sepulcro olvidado, nacieron tres señores de la tierra: Trajano, el vencedor de los Partos; Adriano, el príncipe curioso que quiso remedar en Italia las grandes cosas de la Grecia; y Teodosio, emperador de los buenos y grandes. Este circo donde nos hallamos sirvió de arena á los atletas, y no poca sangre ha bebido la tierra que están hollando nuestras plantas. — ¿Quiénes eran atletas, señor?, preguntó Sancho. — Algo se ha de conceder á tu ignorancia, respondió D. Quijote: atletas eran unos hombres fuertes que luchaban en presencia del emperador y el pueblo, hasta cuando uno de los dos campeones perdiera la vida. La pelea no se hacía con armas, sino á puño cerrado; de modo que se fracasaban el pecho y desbarataban la cabeza. — ¿Entre cristianos sucedía eso?, preguntó Sancho; ¿y qué era de la Santa

Hermandad? — ¿Qué Santa Hermandad, cuando te he dicho que esas eran fiestas públicas? ¿Querías que los gendarmes le hubieran echado mano al colete al emperador? — Pesía mí, replicó Sancho, si el emperador mismo hacía eso, ¿á quién se queja? — ¡El emperador no se queja á nadie, malandrín! Tú eres capaz de enturbiar el más claro entendimiento: mucho me temo que si yo tratara contigo un año más, acabara por ser tan menguado como tú. Un tonto me deprava, me pervierte la inteligencia: en plática, disquisición ú oposición, él lleva el gran partido de su pesadez y su porfía. No me pongas más dificultades, y mira el socavón formado por esas grandes piedras: ¿quién dice que no habrá sido allí el templo de Júpiter ó el de todos los dioses? — Si vuesa merced me da licencia, volvió Sancho á decir, le he de poner una dificultad: ¿cuántos dioses había antiguamente? — Hábalos en gran número, pero se fueron. El que hoy reina es tan alto, ancho, profundo; tan grande en todas direcciones, que llena cielo, espacio, tierra, y no hay lugar para otros. Ahora contempla estos peldaños carcomidos, vestigios de graderías donde el pueblo se sentaba á deleitarse viendo correr la sangre de sus semejantes. ¡Cuántas damas principales y cuántos señores, cuánta flor y nata de la nobleza y cuánto vulgo ruin, cuántas gentes de todo linaje acudieron á este recinto y aplaudieron los golpes de los gladiadores, llenando de horrible animación estos ahora desiertos campos! Todos yacen, grandes y pequeños, ricos y pobres, amontonados unos sobre otros en los senos profundos de la eternidad, sin amarse ni aborrecerse, sin estrecharse ni molestarse, quietos y callados para siempre. En el mundo gritan los mortales y levantan un ruidoso torbellino; allá, al fin del tiempo y de la vida no se hace sino dormir, buen Sancho, y sueño largo, intenso, imperturbable, sin quimeras ni pesadillas, sin anhélito ni convulsiones. Se duerme de una pieza, de siglo á siglo, en medio de tal silencio, que no se oyen ni los pasos de los que van llegando, porque todos llegan sin ruido: los monarcas sin alabarderos y maceros, sin postillones ni trompetas; los príncipes sin comitivas de parciales ni aduladores; los ricos sin

boato, los sabios sin sabiduría, los valientes sin valor, los héroes sin hazañas, los jóvenes sin juventud, las bellas sin belleza. Está en los umbrales de la otra vida un comisario invisible que todo lo secuestra en provecho del olvido. Bienes de fortuna, títulos, veneras y condecoraciones; poder, orgullo, vanidades, allí son consumidos por un fuego oculto, sin que de esos combustibles queden ni cenizas. La muerte nos mide á todos por un mismo rasero, nos mete debajo de la tierra y nos olvida en esa prisión universal. Aquí suelen quedar resonando los nombres de esos que se llaman héroes, conquistadores, genios; á la eternidad no llega el retintín de la fama. Las ciudades mueren como los hombres, las naciones como las ciudades: para la muerte, lo mismo es emperador que mendigo, aldea que metrópoli de un reino.»

Aquí se detiene el historiador para advertir de nuevo que nadie tenga por cosa extraña este modo de expresarse en un loco; pues, como se ha dicho más de una ocasión, no lo era don Quijote sino en lo concerniente á la caballería, mostrándose, por el contrario, cuerdo y hasta sabio en lo que no tocaba á su negro tema. «¿Según esto, dijo Sancho, nuestras aldeas han de desaparecer también con todas sus casas y sus habitantes? — ¿Qué duda cabe en eso?, respondió D. Quijote. — Se me hace cosa dura, replicó Sancho, el considerar que dentro de cincuenta años no hemos de vivir ni yo, ni mi mujer, ni mi hija, y que hasta mi pueblo habrá desaparecido del haz de la tierra. — Aflijate la consideración, dijo D. Quijote, de que dentro de cien años no vivirá ninguno de los hombres que hoy pueblan el globo, y no el temor personal de que dentro de cincuenta habrás perecido con tu mujer y tu hija. ¿Cuántos serán los que han muerto desde nuestro padre Adán hasta nuestros días? Hazme, Sancho, este cálculo curioso que no he visto en ninguna parte. — Desde nuestro padre Adán, respondió Sancho, habrán muerto hasta unos quinientos. — Unos quinientos Sanchos Panzas, puede ser, replicó D. Quijote; y el mundo aún no se ve libre de ellos. ¿Qué sandez me tendrás guardada para mañana? ¿Ni lo grande de la escena, ni lo triste del paraje, ni los recuerdos que

este lugar despierta en la memoria te harán proponer una idea sensata? Di lo que quieras; mas yo he de impedir que se difunda error tan craso como el pensar que desde nuestros primeros padres hasta hoy no hubiesen muerto sino quinientas personas. ¿Los que se van recién nacidos; los que sucumben al año climatérico; los que no vencen los peligros de la pubertad; las víctimas del hambre y la peste; los que caen en el campo de batalla; los que se rinden á los sinsabores, congojas y miserias; todos estos, me parece, compondrán algo más que quinientos honrados difuntos? ¿Y cuántos se llevan las innumerables cohortes de enfermedades que nos tienen como sitiados de día y de noche? Desde que existe el género humano han desaparecido tantos hombres cuantos han de desaparecer hasta cuando el globo terrestre desocupe el espacio. Fenicios, babilonios, filisteos, todos se han desvanecido como sombras. Medos, persas, tirios se han disipado como vapor de agua. Griegos, romanos, judíos, nadie existe. Y nuestros padres mismos, ¿dónde están? ¿Los godos, los visigodos, los vándalos? Si se alzarán del sepulcro cuantos son los hombres que han vivido, y se vinieran hacia ti á darte la desmentida, ¿en qué pararas tú? Mira esa muchedumbre inmensa cómo surge de los abismos y se aproxima á nosotros llenando montes y valles; oye ese tropel profundo de los que en confusas legiones adelantan á decirte en tu cara que mientes cuando afirmas que desde el principio del hombre no han muerto sino quinientos individuos. — Haga vuesa merced que se dispersen y no lleguen, respondió Sancho, fingiendo una inquietud que realmente no sentía; sin necesidad de esa desmentida, creo y confieso que han muerto hasta hoy más personas que pelos tengo en la barba. — Déjalos llegar, repuso don Quijote, y verás lo que no has visto, y conocerás á los que no has conocido. Largo fuera el contar los pueblos y naciones que ya no viven. ¿Pues las ciudades? Babilonia, Tebas la de las cien puertas, Menfis, Amatonte, Gerra, y otras tan opulentas como célebres. Los arqueólogos rastrean hoy los lugares donde fueron, ó un montón de piedras indica el sitio donde se levantó cada

una de esas magníficas moradas de los hombres. ¿Qué mucho si de Itálica no quedan sino estos vestigios trabajados por el tiempo, que desaparecerán á su vez? De Sagunto sobra menos, y nadie sabe dónde fué Numancia. Nuestros descendientes harán las mismas reflexiones, de aquí á dos ó tres mil años, cuando en su melancolía contemplen los vestigios de las ciudades hoy vivas y robustas. Aquí fué Zaragoza, dirán unos; aquí fué Gades, dirán otros. ¿Oyes cómo la corneja rompe este silencio con su grito fatídico? Es el habitante de las ruinas, triste como la muerte. Vámonos, Sancho; el corazón se me está llenando de una tristeza que no es la mía. — Cuanto y más que ya obscurece, respondió Sancho, y añadió: ¿No puede el rey levantar y reedificar esta ciudad, y poblarla de nuevo como estaba antes?

— «El pueblo destruído, los muros trastornados
Nunca jamás non fueron fechos nin restaurados,»

respondió D. Quijote con Gonzalo de Berceo, y salió de los escombros en busca de su caballo.



CAPITULO LIX

QUE TRATA DE LA ÚLTIMA AVENTURA QUE LE SUCEDIÓ Á NUESTRO
BUEN CABALLERO D. QUIJOTE

Aquí se le ocurrió de nuevo á Sancho Panza tentar el vado para su eterna pretensión de irse á su casa de buenas con su amo; y como hallase no tan mal templada la guitarra, salió del medio rebozo y dijo: «¿Si diésemos por concluídas nuestras aventuras, señor, y tornásemos á nuestro pueblo á vivir como hombres de bien y buenos cristianos? Harto hemos hecho por la fama; convendría ya que mirásemos un tanto por la felicidad doméstica. — ¿Por no dar la última mano á la obra, respondió don Quijote, serías capaz de quedarte sin tu reino? ¿Ahora que todo está hecho quieres que nos volvamos á vivir como unos guardamateriales, ó como poetas compungidos que pasan la vida mirando á las estrellas? — ¿Es cosa mala ser poeta?, preguntó Sancho. — No digo eso; lo que digo es que es malo ser de los insignificantes é inútiles; de esos majaderos que no sirven ni á Dios ni al diablo. Mas ojalá que la poesía no faltara de ninguna de las profesiones, como no falta de la caballería andante. Tristán de Leonís, no solamente se regalaba con hacer trovas muy puestas en orden, sino también era gran tañedor de arpa. Tañendo y cantando infundió en el corazón de la reina Iseo el amor al cual sucumbieron uno y otro. D. Duardos, D. Belianís de Grecia, D. Olivante de Laura, el príncipe Rosicler eran